

DEL 12 DE OCTUBRE, DE LA RAZA Y DE OTRAS COSAS MÁS

MANUEL GARCÍA-JAÉN
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Con esto de la celebración del quinto centenario del Descubrimiento de América, nos hemos encontrado bombardeados de incontables declaraciones, discursos, estudios y más expresiones intelectuales que abordan del hecho histórico desde diversos puntos de vista.

Claro está, el tema se presta —se prestó siempre— para agitar emociones y enfrentar posiciones. Que Cristóbal Colón y su puñado de hombres encontrarán, sin quererlo dicen, unas nuevas tierras desconocidas para los europeos de entonces, es indudablemente en la historia de la humanidad un hito que produjo cambios de importancia y trascendencia.

Más ahora, transcurrido el tiempo, intereses ocultos parecen que persiguen confundirnos con interpretaciones extrañas y rebuscadas, dirigidas a opacar el significado de aventura tan magnífica y de sus consecuencias en el desarrollo de las civilizaciones y las culturas.

Por ello, creo de mi deber, como hispanoamericano, hijo del exilio español y al mismo tiempo profundamente enamorado de mi nacionalidad ecuatoriana, hacer ciertas reflexiones importantes con el afán de aportar quizás algunas luces a la apasionada discusión del tema, pues conforme transcurra el tiempo será cada vez más intensa y probablemente más calurosa.

Para adentrarme en la parte medular de mis reflexiones propongo orientarme a mí mismo acudiendo, como homenaje paralelo, al mejor de los hispanos libros. porque es muy cierto que, alguna vez, cuando Don Quijote se dirigía a su Sancho, le dijo aquella maravillosa didáctica, que acepto como orden para mi espíritu: “Llaneza, Sancho, llaneza, que toda afectación es mala”. Y con cuidar de esta “llaneza” trataré de continuar.

Estamos frente a un tema que, aunque histórico, sin duda tiene ciertos reflejos de carácter político. Así es, si se enfocara el asunto como el volver a revisar lo que es la España auténtica. Porque la historia está sujeta a contrastes y varias revisiones, y no únicamente la de España, sino la de todos los países, cambiada ya la disciplina de orientación, interpretación, método y contenido. No hay nada que en literatura

envejezca tanto como los libros de Historia, porque cada generación tiene su propio punto de vista.

Hemos venido viviendo cada 12 de octubre de todos los últimos años pasados, mirando el calendario como día de recordación y en muchos países como jornada de descanso obligatorio. A la popular fecha anual se la ha calificado de diversas formas, siendo las más usuales las de "Día de la Raza" o "Día de la Hispanidad", aunque ahora también se perfilan otros títulos como el de "Encuentro de Dos Mundos" o el de "Encuentro de Dos Culturas" u otros que en el inmediato futuro se vendrán a inventar...

Por otro lado, se van levantando voces airadas que rechazan todos los valores y se empeñan en interpretar los quinientos años de historia ya consumidos, como de opresión absoluta a una raza de hombres propietarios de las nuevas tierras descubiertas.

Y sobre el concepto de raza también se viene hablando y escribiendo con los más diversos tintes, por lo que también aparecen confusiones y enfrentamientos. Pero es que el mundo entero tiene ya de la raza una concepción completamente diferente de la vieja concepción antropológica, de la que tanto se abusó en el siglo pasado. El "río de la sangre" no impera siempre. Cede ante una presión geográfica o histórica. Un día, por ejemplo, ante la lengua. Ya decía Nebrija, el gran escritor español, "que la lengua sigue al imperio"; y no se refería sólo al imperio material, sino a la transformación psicológica. No hay razas puras, ni mucho menos pueblos con pureza de sangre propia. Todo pueblo es una mezcla o combinación con una fisonomía suya, que está por encima del carácter racial y que ha creado el tiempo actuando de fundente.

Las razas son "historia natural"; el pueblo es "historia humana". No hay razas. Hay pueblos.

En realidad esto es lo que existe para la historia: "pueblos", que tienen un sentido común, una asociación ante el pasado, hecha de victorias, derrotas, angustias, goces y dolores: un hilo tradicional e invisible que los encadena.

¿Qué hay pues detrás realmente del "Día de la Raza"?

Hace ya tiempo y reivindicados por la Historia, España pudo levantar, orgullosamente, la faz ante el mundo, para contestar a aquella odiosa pregunta de ¿qué hizo España por la civilización?, y para responder a los mendaces ataques de los mendaces libros, al juzgar en bloque la más radiante vida pretérita, al juzgar lo que se llamó su odiosa colonización.

Grave error es persistir en utilizar la palabra "colonización", que tiene un sentido profundamente material. Grave es aplicar esa palabra a España, porque el sentido vulgar la ha desmerecido.

Si el "colonizar" es triunfar económicamente y a todo trance, y "dominar" apartarse de la raza dominada, de eso sabe muy poco España. Pero si se entiende, como lo entendieron los españoles generalmente, dar todo lo que se tiene, desde el cuerpo al espíritu, todo lo bueno y aun todo lo malo, traspasarle su órgano de expresión de un modo definitivo, darle corazón y cerebro, hacerlo su igual, colonizar con la hidalguía de Don Quijote, más que con la villanía de Sancho, con toda el alma, eso, eso lo ha hecho únicamente España.

La colonización de alma la hizo España de un modo tan supremamente generoso,

que España entera se abrió las venas y no hubo español que no tuviese la sugestión de ir a América, como si al marchar a ella supiese que iba a una gran siembra histórica. Y el que no fue, se sintió en su alma fracasado. En los libros de viajeros del Archivo de Indias está mejor que ningún nobiliario, el nobiliario de la estirpe.

Hay que creer y respetar al emigrante. Mirado en conjunto, emigra lo más activo de la raza. El poderoso fermento capaz de crear veinte naciones. Fundamentalmente, el emigrante es un rebelde: a veces emigran los vencidos y el vencido es un muerto que anda. Pero cuando emigran los rebeldes, inadaptados, orgullosos y señores, producen esas magnas floraciones de pueblos, unas veces con alma española y otras con el alma seria, heredada, como Norte América, del serio espíritu inglés.

Todos sintieron la atracción de las Américas y la ola, aunque lenta y atenuada, llevó su fuerza incluso al "extremo occidente", que eso eran las Filipinas y las Molucas para los españoles que partían de Sevilla. Todos no pudieron ir. Hubo incluso un gran fracasado en la aspiración de ser emigrante: el príncipe de las letras hispanas. Un día en el año 1590, quince años antes de que se escribiera *El Quijote*, Cervantes dirigía un memorial de pobreza a Felipe II, en el que contando sus penas y servicios pedía un puesto "en la contaduría del nuevo Reyno de Granada, una gobernación de provincia en Guatemala, una contaduría en las galeras de Cartagena de Indias, o ser un Corregidor en La Paz". Ya que estos puestos estaban vacantes y "porque ha servido a V.M. en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de 22 años a esta parte". La España oficial contestó al solicitante, "que se creía suficiente y benemérito", con una nota original, que dice textualmente: "busque por acá, en que se le haga merced".

Ese desdén de la España de Felipe motivó que la "merced" de escribir un libro único, fuese el más magnífico don que ningún hombre ha dado a España.

En esta histórica aventura de encontrarse España imperiosamente obligada a "colonizar" las nuevas tierras americanas, aparecerá el consiguiente dominio de los llegados allende los mares sobre los pueblos indígenas que van encontrando a su paso y en su avance descubridor.

Las "Leyes de Indias", que son todo un gran código para el gran arte de gobernar, tuvieron una expresión sentimental en la forma exagerada y dura del Padre Las Casas, que sin embargo contienen un valor de reacción humana que en su lejanía hizo discípulos que siguieron el estilo. Un estilo en el fondo impregnado de un profundo sentido de amor, de justicia y de libertad, que es la vena heráldica de toda la "gens" española, pero junto a ella y haciendo de sombra histórica, hay la tradición de la dureza, del imperio de la fuerza con matices de soberbia y amarillos de codicia. La intransigencia también, que por oposición a otras virtudes es algo muy reciamente, muy duramente español.

No puede dejarse injustamente olvidados a los grandes gobernantes españoles del siglo XVIII: hombres que pensaban de manera muy distinta de como pensaban y actuaban los dominantes y señores de las tierras nuevas. En España, en ese tiempo y en el mundo entero, ardía un movimiento que genéricamente se llamaría el "despotismo ilustrado". Era una anticipación del siglo XIX: andaba tocado de sentimentalismo, todo lo quería "para el pueblo", aunque no "por el pueblo", dudaba y temía a la libertad.

Es la época en que América en sus virreinos de Méjico y Perú, es soberbiamente gobernada. Los hombres de las postrimerías hispanas son allí generalmente extraordinarios. Revive la fuerza de los iniciadores.

Uno de los ministros hispanos, Aranda, se encara con el Rey, le expone aquel programa de gobierno en que entraban América y las Filipinas y le dice: Sus dominios están pendientes de un hilo. Es preciso darles vida y personalidad. Establecer monarquías federales y dirigidas por España, con el Rey como emperador, siempre con sentido español. Era establecer un inquebrantable domino, federar y libertar la raza, antes de que viniesen otros libertadores.

¿Qué es lo que pensó Aranda, sino la expresión, en su tiempo, del basamento del gran imperio colonial inglés?. ¿Qué fueron sino, fundamentalmente, los dominios de África del Sur?. ¿Qué fueron Australia y el Canadá, sino la magnífica concepción moderna de aquel luminoso pensar de un gobernante español?.

Se hubieran emancipado las colonias, sin desvincularse y el lazo, que hemos buscado y seguimos buscando con ditirambos retóricos y torpezas diplomáticas, jamás se hubiera roto.

Seríamos hoy unos magníficos “Estados Unidos de la Raza” y no veríamos a tantos –si no todos– países de Hispanoamérica como hoy día los vemos, sin brújula clara, sin hermandad seria, buscando dizque todavía la propia identidad, el destino común, el papel del continente en el mundo que rápidamente se va transformando en nuevas fuerzas económicas y políticas.

Cuánto tiempo perdido en lamentaciones y vanas excusas de malinterpretaciones históricas que pretenden justificar nuestros propios errores, muchos de ellos emanados de forzados o forzosos sentimientos de nacionalismos casi de obligación o también de soberanías mal entendidas y al servicio de la real e incomprensible desunión, que es fácil ver en la vida diaria de estos tiempos, pero eso sí, al servicio de magníficas reuniones internacionales de gobernantes y políticos, con sonoros discursos que hablan de integración y mancomunidad para llenar espacios de la prensa internacional, pero dejando aún los resultados concretos y las decisiones de fondo para los que vengan luego.

Pero, volvamos otra vez y finalmente a la raza, dentro de estas reflexiones que buscan en la historia la explicación de nuestros destinos como hombres y como naciones, una vez que, aunque no lo quisiéramos ver con claridad, van a cumplirse 500 años del famoso Descubrimiento.

¿Dónde fijar entonces la frontera de la raza?. Los mapas la comienzan en el Río Grande del Norte y acaba en el Cabo de Hornos. Es posible, políticamente; pero son hoy más amplias sus fronteras espirituales. España es tan grande que no cabe en su Península. Podrán matarla, pero su espíritu quedará señor e invencible y seguirá triunfando, porque tiene las naciones que alumbró en el siglo pasado.

Esto lo encontramos siempre. En América especialmente, tanto en el norte sajón como en el campo hispano. El gran argentino Sarmiento se anticipó a Wilson, cuando pensando en consignas de política y democracia de formidable estilo, dijo “la victoria no da derecho...” que viene a ser una inmutable idea-germen. El mismo Bolívar, la suprema figura de nuestra América, diría: “me he retirado de la política y del mando en el mismo momento en que se hacía sospechosa mi conducta”.

También recordamos que el problema más difícil de América era “el libertarse de sus propios libertadores”.

Vaya pensamiento y expresión llena de punzante actualidad y que hoy mismo es una consigna para diversas naciones del mundo.

Descubrimiento, colonización, razas y culturas...

Aniversarios, conmemoraciones, aplausos y protestas...

Ningún beneficio nos va a traer la confrontación apasionada de ideas ni la toma de posiciones opuestas e intransigentes.

La Historia hizo ya lo suyo y nos toca ser actores de nuevas historias.

De la misma manera como los pueblos y naciones hispanas deben de una vez por todas sacudirse del letargo y la inercia, salpicada de nostalgias, lamentos y excusas, para trazar su verdadero camino propio y emprender con decisiones francas y definitivas su papel en el mundo, no es menos cierto que a lo mejor vamos a observar un paulatino cambio de posturas y replanteamiento político de cómo España celebra el quinto centenario del Descubrimiento.

Va a ser imperioso meditarlo con prudencia y seriedad.

Que de todo ello salga el gran mensaje de amor y de autenticidad histórica. Que del famoso Aniversario arranque aquello que aún no ha terminado de arrancar de una vez por todas: el desarrollo y la verdadera libertad.